

Aspecto histórico de la vida y la obra de San Fernando Rey

Por LUIS DE SOSA

HAY una línea recta, providencial, en la Historia de España, difícil de seguir en los momentos de paz, pérdida acaso entre la prosa densa de cronistas y documentos, cuando la guerra se hace batalla, o los tratados condiciones menudas, pero que aparece clara cuando los siglos pasan, cuando la perspectiva deja ver en cercanía los motivos, y lejos, muy lejos, el apasionado comentar del siglo XIX, ansioso de verse reflejado en los momentos grandes, él, que de suyo era menudo y cominero.

La línea es un milagro constante que ha llegado, en fuerza de repetido, a ser de dominio común: Hay una unidad de destino que se impone en fuerza de amor. Isabel y Fernando, Reyes de Castilla y Aragón, logran la unidad de sus reinos en un matrimonio de personas y de tierras, mientras Francia llega a la unidad con los asesinatos de Luis XI, entre odios de barberos y verdugos, y fracaso de señores feudales. Inglaterra abre el camino de su unidad, que aun ha de ver luchas fraticidas por ella, con la guerra de las Dos Rosas. Así, cuando Inglaterra y Francia han de tener el afán de ser reinos, España camina ya, firme y decidida, por vías de Imperio misionero.

Ni afán ni milagro son nuevos. Han pasado siglos desde que el abad Oliva, en el fondo del Monasterio de Montserrat, habló de este destino imperial. Centenares de años transcurrieron desde que un rey de Castilla se tituló emperador, cuando la victoria de las armas hicieron posible tal deseo. Pero el milagro fué obra del Santo de Castilla, soñado acaso en la niñez triste, cuando el padre y la madre, separados los cuerpos y las almas por disposición de Roma, viven en las cortes de León y de Castilla, y el hombre, que es ya promesa, sabe ser ejemplo de juventud. No ha llegado aún el tiempo de las hazañas; pero sí el del sacrificio constante, el pensar hondo y el rezar continuo, mientras se recuerdan las hazañas de los Alfonsos que fueron a la lucha de moros.

Y como en la juventud de Isabel de Castilla, la mano de Dios aparta los obstáculos. Alfonso, que hubiera impedido reinar a Isabel; Enrique, que reinaba en Castilla cuando el futuro Fernando III era ya mozo, mueren jóvenes. Y el problema de San Fernando, como el de Isabel, es cerrar el paso a las ambiciones de quienes no saben ver sino el oro que esconden, de los ambiciosos sin remedio. Son dos tiempos de una sola lucha para acabar con el señorío feudal y hacer que nazca la Patria fuerte.

Así comienza el reinado. Doña Berenguela vive ya junto al hijo, que ha logrado amedrentar a Alfonso IX, el padre codicioso, antes de causarle una derrota, que hubiese malogrado, tal vez, la Historia castellana. Una a una las primeras espolonadas, las primeras algarras tienen lugar para definir el afán real hacia el Sur, en que se cierne el peligro sobre Jaén, en espera de más ricas presas.

Vuelve a surgir otra vez la comparación. Ahora es Napoleón, el ambicioso corso que forjó el imperio efímero, en el culminar de su vida oficial: Ha vencido a todos sus enemigos, ha gustado ya de la adulación de los reyes, y falta a su condición de advenedizo la consagración oficial, como a los antiguos reyes de Francia, a los emperadores. Hace ir al Pontífice a Nuestra Señora, ante la corte improvisada, ante los pintores que inmortalizarán la escena, y que sólo han de presenciar el rasgo de audacia, cuando el Emperador ciñe sus propias sienes con la corona que no ha de permanecer.

El gesto es duro, sin razón y sobrado de orgullo. El paralelo surge entre el corso lleno de ambición, que quiso elevarse sin apoyo moral, y el rey que tie-

ne el gesto de hombre, lleno de sentido del deber. Ha elegido para ello también el momento cumbre de la vida cortesana: 1219. El marco son las Huelgas de Burgos, donde llega desde la Catedral, en que ha celebrado su matrimonio con doña Beatriz de Suavia. Ante él están los que lucharon a su lado en los momentos difíciles, señores de toda Castilla, desde la Vasconia de don Diego López de Haro hasta los que tienen los dominios fronterizos con la tierra musulmana de las incursiones y la lucha constante; prelados y abades, gentes que por derecho, y en nombre de villas y Concejos, asisten al matrimonio.

El gesto es sobrio. El Rey se adelanta al altar; toma la espada y se la ciñe a sí mismo. Ha quedado armado caballero por su voluntad; por el afán de dedicar su vida a empresas de gloria; sin el espaldarazo ajeno, que basta un acto de dedicación para sentirse ofrecido cuando la vida espera en deseo de gloria. Así quedó el gesto viril de un rey castellano, frente a la teatralidad que siglos más tarde haría escenario de una Catedral.

La empresa decisiva comienza. Ahora es ya Rey de Castilla y de León, de Galicia y de Asturias. Tiene en sus manos el poder completo, que acrecentó con un pacto entre él, como Señor de Castilla, y sus hermanas, a quienes el padre, despedido, dejara herederas de León. Le obedecen los hombres de armas y los sabios de su Consejo. De unos y de otros se rodea continuamente, en los instantes decisivos que el pensamiento es grande y necesita de todos.

Ubeda, Montiel, Medellín, Córdoba, Osuna, Murcia, Jaén, van siendo incorporadas a la Corona, como bases de un pensamiento más amplio. Es necesario dominar el mar; cerrar a los musulmanes el Guadalquivir, por donde entran las naves de Sevilla, Tánger y Ceuta; formar una Escuadra que pueda arrebatar el dominio del Estrecho a los musulmanes, y acabar así con el peligro continuo de sus invasiones. Ahora es Ramón Bonifaz el colaborador, el futuro caudillo de las naves, quien recluta las gentes en las costas cantábricas, entre los vascos que se precian de ser castellanos viejos, entre los gallegos hechos a la aventura de la mar. Y las naves alcanzan la victoria del Puente de Triana y separan el castillo que defiende la ciudad de Sevilla, que mal abastecida se entrega al Rey.

Ha terminado el primer acto de la Unidad entre las tierras de España. La muerte va a truncar futuras empresas. Ya no podrá el Rey cabalgar al frente de los suyos; pero Castilla descansa realizada la unidad Occidental, mientras Aragón busca en la ruta mediterránea el destino marino, que se unirá a Castilla en las empresas de Fernando e Isabel, de la misma manera que se unirán los reinos para dar cima a la unidad absoluta, rotunda y eterna.

El pensamiento del Santo se ha cumplido. Han podido olvidarlo historiadores y cronistas, los sabios doctores de la Universidad de Salamanca, donde él refundió los estudios de Palencia; pero lo vuelve a sentir en la carne y en el alma Isabel. Hay que estar presto, tenso siempre, con naves y con hombres, para la ruta eterna de España, para saltar el Estrecho.

Vuelve de nuevo a olvidarse lo que fué obsesión de San Fernando, cuando España, cansada, mal dirigida, deserta de su misión universal, para resucitar más fuerte, como empresa de juventud, cuando el Santo, cuando el Rey de Castilla se hace patrono y ejemplo de juventudes, en ofrenda a quien supo ceñirse la espada en gesto viril y austero, y morir consagrado al amor de Dios por que luchó la vida entera.



SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA

ANO II

MADRID, 30 DE MAYO DE 1943

NUM. 74



Frente de Juventudes

SUMARIO

- Portada, de Carlos Tauler.
- El alegre milagro, por María Nieves González Echevarría. Pág. 2.
- Formación de la Juventud, por José Antonio Eliola. Pág. 3.
- Los jóvenes en tiempo de los Reyes Católicos, por Luys Santa Marina. Página 4.
- La propaganda en la Juventud, por J. Ortega Casado. Página 5.
- Elástica y eficacia de las demostraciones. Páginas 6 y 7.
- San Fernando desde 1943: visión actual de su obra política, por Antonio Tovar. Página 8.
- Una forma de vida juvenil: el deporte, por Carlos Foyaca, y Deporte de Juventudes, por Joaquín Agulla. Página 9.
- Templo y misión de la juventud, por Javier Montoya. Página 10.
- Del «Petimetres» al eswing, por Julio Fuertes. Página 11.
- Aspecto histórico de la vida y la obra de San Fernando Rey, por Luis de Sosa. Página 12.
- Ilustraciones de Sáez y López Sánchez.



“Cada flecha lleva una rosa...”

Por MARIA NIEVES GONZALEZ ECHEVARRIA

RECUERDO que por estas fechas todo nos invitaba ya a la dispersión. Cada día que pasaba nos traía más viva la tentación de la sombra en esos quince minutos del recreo que nos dividían en dos, alegremente, la tarde y la mañana. Hasta los finos chopos del jardín con sus pies sumisos de lirios parecían sentir noventa mañanas calurosas, aburridas en el silencio que sobre ellas dejaba, como un peso quieto, nuestra marcha.

Giraban y se ceñían las palabras infantiles en torno al tema de los lugares distantes que nos acercaba el verano, y se volvían desatentas nuestras treinta y cinco cabezas envidiando a las que tenían la dicha de poder atisbar por la rendija de la persiana cerrada, que dejaba pasar, como por el ojo de una aguja, una hebra dorada de sol.

Se remontaban desde fuera, colándose por mil poros sutiles, los rumores del campo, de la brisa, del trajinar de los jardineros, de la ciudad cercana, mientras se acumulaba sobre nosotros el resumen de la lección clara pero incompleta del año. Porque, escuetamente y sin matices, nos decía la voz en función de magisterio: «Isabel I de Castilla murió en el año 1504 en Medina del Campo». Y nada más, nada más, aunque se nos consumiera dentro un íntimo afán de saber que nadie nos saciaba.

Nos apasionábamos con Fernán González, pero nos daban también un recital de poesía negra. Se quedaban entonces lejanas, olvidadas y solas, sin atravesar los muros de todas las aulas escolares de la Patria, las piedras caídas de la Mota, las flechas y los yugos en la capilla de Granada, la sandalia infatigable de Teresa por los caminos de Ávila, de Burgos, de Andalucía, la orilla atormentada de Gibraltar. Todo esto dormía fuera en el polvo y en la silenciosa Historia, sin que manos alegres, combatientes, amorosas, nos lo sacudieran al aire de la primavera, arrancándolo de la eternidad de la Patria, para gozo y rigor nuestro de cada día.

Nos llegaba sí, del ámbito exterior, la zozobra española como la de una quilla que calara agua, sin ofrecernos brújula ni timón. Todo se perdía confundidamente entre esas discusiones de una adolescencia



inicial que alcanzan a veces insospechada ferocidad junto a la más absoluta ignorancia. ¡Cómo se nos escapaban las jornadas juveniles de los trece, de los catorce, de los quince años, sin nada entrañablemente hermoso que conmemorar!

A veces pienso, sin amargura, pero con cierta desesperada serenidad, cómo muchas de nosotras nos hemos quedado justo en la mitad, con este matiz de generación que nos impide ahora merecernos una gozosa inicial de oro en la camisa o alzar entre dos manos pequeñas y orgullosas un joven banderín al que prenda de fresca violencia, en lo alto, el aire.

Y pienso también que en aquella tarde de tiros cercanos—16 de abril del 36—entre el terror de las familias y de los profesores que suspendieron las clases: «son esos locos de Falange...», Dios debía haber permitido el sagrado milagro de que el Héroe—camarada caído o predestinado a morir—hubiera llegado hasta nosotros para proclamarnos, alto y viril, camisa azul de pólvora reciente: «Nosotros estamos profetizando el Imperio».

¡Qué maravilloso pasmo revelador para siempre! Arriba, hasta las nubes se hubieran perfilado en naves.

Ellas avanzan ahora por el llano y el sendero, menudas, ágiles, tostadas, erguidas a la sombra fiel de su mástil. Tienen doce, catorce, quince, y aún menos años de vida. Todas las calzadas, campesinas y ciudadanas de la Patria, saben de la breve y segura huella de su paso que nos trae siempre la alegría de encontrarlas. Porque es gozo tremendo comprender que si nosotras no entendimos la muerte en aquella tarde del año 36, ellas van ahora, infantilmente graves a la madera de la Cruz, a la losa del César, a la madre del Soldado. Con la flor y la mano abierta.

La ha conducido la Falange, a ella, pequeña camarada de ojos abiertos y curiosos, al encuentro del ser entero de España, a la manera y la palabra de José Antonio, a la obediencia del Caudillo, a la consigna limpia de Pilar, al aprendizaje de servir, al amor por las claras intemperies, por el libro que construye, por la rama florida que embellece, por la labor manual que dignifica.

Mayo les trae a nuestras flechas el sueño jubiloso del Campamento que se acerca a grandes pasos para levantar entre el cielo y la tierra el refugio que las mantendrá fuertes y seguras en su infantil feminidad, junto a la bandera y la llama. Pero, además, en el día de hoy, ya de tibieza madura, les trae algo grande en qué pensar; y es que desde el Sur nos asciende a la meseta el regusto húmedo y dulce de las aguas dóciles del Guadalquivir sobre las que navegó un día la espada de Fernando III, latiendo militarmente por la conquista cristiana y heroica de Sevilla.

Por eso, es este un hermoso día del año para que el sol vuelva a enhebrarse en mil agujas y borde en celestial artesanía los campos y las ciudades de España. De España, que se absorbe hoy en la canción, la risa y la marcha, de lo que es como un risueño milagro nacido para fertilizar la sangre de sus filas de vanguardia.



Escalera de color de unos que se creen jóvenes

Por JULIO FUERTES

mañana se enfaden otros por parecidas razones, estimando que “swing” es “inglesado” y absolutamente inútil.

El hecho es que “petimetre”—ya españolizado—y “swing”—que se españolizará—, definen a maravilla al mismo estúpido ente que afila hoy nuestra pluma. Con uno u otro adjetivo o con los variadísimos y expresivos con que se encuentra—y se encontrará—calificado por nuestro idioma, es un sujeto despreciable y ridículo.

Grotesco.

Porque ni siquiera le caben otras palabras definidoras que inciten más a la comprensión, como “inadaptable” o “ingrátil”. No, no le caben. Ello implicaría disculparlos. Y ni los “petimetres”, ni los “swings”, tienen disculpa posible cuando a rduas tareas convocan a las juventudes del mundo.

Hemos dicho juventudes porque de ellas salieron antes los “petimetres” y de ellas salen, hoy, los “swings”. Igual que la tuberculosis y otros padecimientos acechan a los hombres en su adolescencia, empujándolos a la muerte, lo “swing”, en la misma edad, los cerca empujándolos a la estupidez. De aquellos peligros se salvan aún con la muerte; de éstos, en cambio, se pierden aún con la vida.

Pero, ¿qué es “swing”, hoy? Pues lo mismo que un día fue petimetre, “petit maitre”, pequeño señor, señorito. Pequeño señor o señorito, no por su corta estatura, o por su excesiva juventud, sino por su vana pretensión de ser señor y no poder serlo. Un individuo pendiente de su persona, que sólo vive para sí, desdenándolo todo. Tiene la vana pretensión de ser señor en el sentido más amplio dictando leves, normas,

imponiendo gustos, costumbres; creando estilos y modos de ser absolutamente opuestos a los imperantes, a los consustanciales de la raza, el clima, la geografía y la historia.

Son, pues, unos revolucionarios; pero, ¡ay!, unos revolucionarios de pacotilla, que cifran su éxito en una corbata, en unos pantalones o en una “americana”. Los colores y las formas están en combinación con ellos, que son los acertados, los que tienen el secreto del “buen gusto”; como tienen la clave de los sucesos en curso, que no son como creemos los demás simples mortales, sino como sólo ellos saben al indudable y servil servicio de ideas extranjeras.

Los “swings”, ahora, como los “petimetres” en su momento, son obedientes a una especie de internacional que trata sus normas con lo más estúpido y ridículo de cada país. Son también los “dandys” y, apurando más, los “dilettantis”. Constituyen una verdadera plaga social informe y asediada, que pretende desfigurar nuestra racial fisonomía. Se distinguen porque en nada se fijan ni nada saben, porque hablan de todo y todo lo desdeñan...

Pero no es preciso decir, sino lo que dijimos al principio, para que sobre los “swings” caiga el oprobio merecido. Los “swings” son como los “petit maitres”, tan ricamente adjetivados en nuestro idioma con las palabras pisaverde, lechuguino, currutaco, lindo, gallito, mequetrefe, chisgarabís, gomoso y galancete, tan expresivas como desdeñosas, y, más modernamente con “pollos chanchullo”—¡aquellos pantalones tan iguales a las faldas!—y “pollos pera”, —una verdadera golosina, Dios mío!



No creemos—por la misma desdenosa adjetivación de nuestra lengua—que estos currinches—otra denominación que se nos viene a la pluma—constituyan un peligro social; pero bueno será tenerlos en cuenta y aislarlos de nuestra convivencia.

Entre los peligros que acechan a los adolescentes, los médicos previenen la tuberculosis y otras enfermedades de las que se pueden salvar hasta con la muerte, porque morir no es perderse; pero de los que los cercan por lo “swing” no hay salvación posible de los contaminados, y hay que estar prevenidos.

Su indudable presencia en la vida española, aunque no ofrezca peligros, por buen gusto, debe ser señalada del mismo modo que la presencia del ratón en una aglomeración, cuando las simples palabras de: “¡A ése, al ladrón!” son suficientes para que todos intenten atraparlo.

Cuando esa presencia sea señalada hay que hacer eso, o lo que con el ratón hace el gato.

Algo, en fin, que sea a un tiempo, como en el zoológico ejemplo, desdén y exterminio.

ANTANO —antaño—fué “petimetre”, hoy es “swing”. A “petimetre” lo incluyeron los consagrados en nuestro diccionario; a “swing” lo incluirán seguramente. De “petimetre” se dijo que no era vocablo necesario cuando existían en nuestro idioma otros tan expresivos como pisaverde, lechuguino, currutaco, lindo, gallito, mequetrefe, chisgarabís, gomoso y galancete, citando en idéntico orden que el Espasa, y de “swing”, se podrá decir, el día que se le abran las áureas puertas académicas, que era igualmente ocioso, puesto que “chanchullo” y “pera” se habían aplicado por el vulgo—definidor definitivo—para designar a los mismos sujetos.

Los mismos sujetos son, precisamente, el objeto de estas líneas. Tanto nos da que un día les llamasen “petimetres”, con disgusto de unos puritanos del idioma, que hubieron tan felices hallazgos para considerar innecesario el adjetivo calificativo afrancesado, como que hoy les llamen “swing”, para que



EJEMPLO Y MISION DE LA JUVENTUD

Por JAVIER MONTOYA

ME lo contaron una tarde. En esa hora grata a la confianza, cuando el sol en su huida dora los montes y pone múltiples y alegres reflejos en las nubes fugaces. Lo ocurrido es sencillo, de contorno moral y delicado aspecto, cual corresponde a la tarea silenciosa y abnegada de nuestras camaradas del Frente de Juventudes. Pero el prolongamos sus dimensiones a lo largo y a

lo ancho de todo el ámbito político y social de España, como ha de hacerse hoy para ser justos, hallaremos el tremendo y halagador signo del tiempo nuevo que entroniza la Falange.

Vamos:

Corre el mes de julio de 1939; ya ha salido España triunfante de esa fuerte convulsión guerrera que tuvo que afrontar para enfilar sus ansias de futuro histórico por derroteros amplios, escuchando en lo íntimo su ser y proceder de los mejores tiempos.

La Sección Femenina del Frente de Juventudes de Barcelona se dispone a instalar en aquella fecha su primer campamento en las faldas del Tibidabo, dilatada extensión alfombrada con bello paisaje. Unas cien muchachas van a ser trasladadas a este lugar, y apasadas de su habitual medio de vida, para actuar sobre ellas la Falange. Proviene estas chicas, en su mayoría, de uno de los barrios más acuosamente rojos que ha padecido la Ciudad Condal. Llevan afincado en su alma el tético panorama espiritual de tres años de experiencia marxista. Toscos ademanes, desconfianza, gestos zafios de incredulidad o de burla para toda actitud abnegada y generosa. Estas muchachas presentan todo el deleznable perfil moral que Rusia quisiera imponer como uniforme íntimo a las juventudes del mundo entero.

Ya las tenemos viviendo en el Campamento. Inaseadas, ariscas, desobedientes. Asistimos a la primera charla. Una de las camaradas instructoras les habla ahora de España, de la Falange, de José Antonio. Y no del José Antonio pensador profundo y político clarividente que se adentra con desenvoltura por intrincados problemas, pues esto sería inadecuado para ellas, sino del José Antonio humano y cordial, que amaba a los humildes y ansiaba dignificar e interesar emocionalmente al obrero en la gran tarea de levantar a España.

¿Qué pasa? Las chicas no atienden, cuchichean, se hacen guiños, se rien. ¿Es posible? —piensa en su interior la camarada que les habla—. Y en efecto, su charla primera ha sido de una completa esterilidad. Sus palabras de persuasión y de cariño rebotan en las almas de estas muchachas produciendo en quien les habla esa zozobra piquetea muy cerca del ridículo, mezclado a la desalentadora sensación

de ser baldío su esfuerzo. Pero esto no es falangista, y hay que superarse y seguir luchando hasta vencer, éste y otros aspectos feos, en la tarea de lograr la auténtica conquista de la Patria.

Y así un día, y otro, y otro... En esta paciente y abnegada labor, muy femenina, de romper esa costra moral de sus almas para que pase la luz a través de ellas...

Tema altamente sugestivo sería este de seguir con minucioso análisis, cómo pres-

familia, y del que no han vuelto a saber más. Queda como petrificada; revive escenas; acuden en oleadas sensaciones tristes, mezcladas a deseos vagos de rencor y de venganza; y al mismo tiempo golpea en su corazón la superación generosa de la Falange. «Los nuestros no cayeron por odio, sino por amor...», por redimir a los mismos que les asesinaron. Rifien en su alma unos instantes los más contrapuestos sentimientos. La misma lucha in-

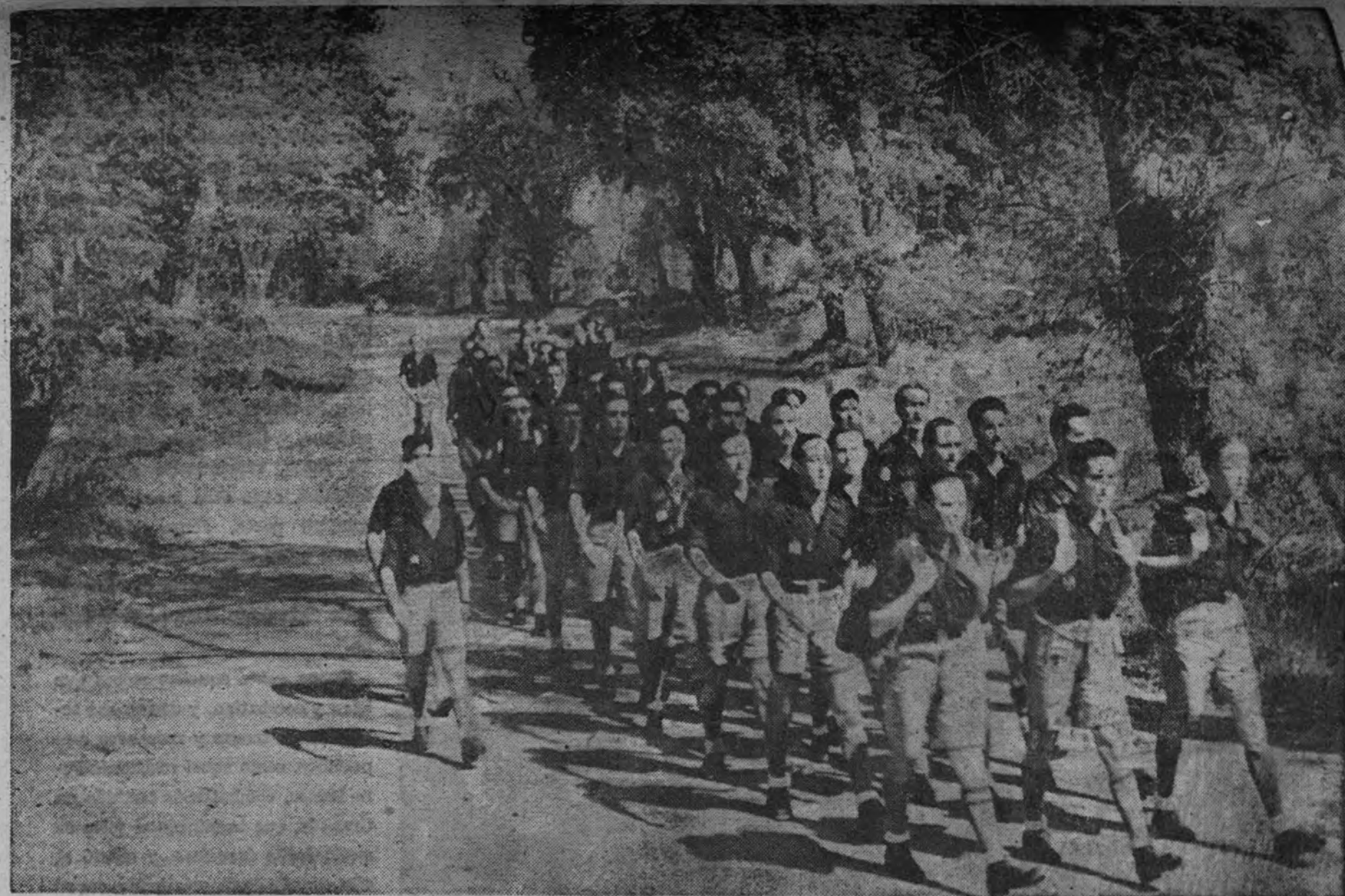
momentos más tarde, y alrededor del fuego simbólico del Campamento, cantan y danzan las chicas alegrementa. Crepita la leña seca y suben llamaradas altas, como si quisieran quemar en este instante todas las ruindades del corazón humano, y congregan en torno a su viva luz la fusión más íntima de todos los españoles. En este momento de hogareña charla, la camarada instructora del paseo de esta tarde, les habla de nuevo. ¿Qué les dice? Les habla del encuentro de esta tarde, de lo ocurrido en España, de la fuerte y bella tarea que se emprende ahora... El espíritu de la Falange, con toda su recia poesía y fuerza operante, fluye de manera sencilla y amorosa, fácil de captar, en el relato de esta camarada nuestra. Sus palabras y su voz han acertado con el estilo y el tono justo de la Falange. Ahora sí que las chicas le escuchan atentas; a sus ojos asoma una luz de admiración y cariño, y en su fondo moral late un noble estímulo, y germinan en ellas nobles ansias de superación en todo.

Al día siguiente, por la tarde, las cien muchachas, más o menos extraviadas antes, se afanan y corren por el campo para buscar las mejores flores, hierbas y ramas verdes, con las que tejer su mejor corona; y con una oración, ofrendarla a los Caídos en aquel lugar que la tarde anterior descubriera la instructora del Campamento.

Y he aquí, camaradas, el hecho cierto, ejemplo vivo, tan sencillo y fecundo a la vez, para el auténtico resurgir de España.

Ahora ya tenemos una fuerte y disciplinada masa juvenil en marcha; algunos sectores todavía indiferentes u hostiles, y un Caudillo que valora en sus dimensiones justas la trascendente misión presente y futura que le cabe a la juventud. ¿Qué actitud nos exige todo esto? Volcar, sin regateos, en esta Obra, como la camarada ejemplar de este relato, todo lo más bueno de nosotros mismos. Que preñan, germinen y den lozano fruto en ellos, nuestras mejores ansias y afanes. Sólo así podemos salvar individual y colectivamente lo que ambicionó cada uno, y que por debilidad o inexorable ley cronológica no ha podido realizar.

La suma de estos afanes, radicados en la juventud, disciplinada y tensa, acusan el tono vital de un pueblo y son la garantía más firme de que se llevará a cabo la verdadera revolución espiritual y material que España precisa. Revolución española que no es un tópico más, como muchos van creyendo, sino la realidad insoslayable y honda que intuyeron los mejores de nuestro siglo, y el único camino de gloriosa salvación histórica que le cabe a nuestra Patria.



Formación de la Juventud

Por José ANTONIO ELOLA-OLASO

Delegado Nacional del F. de J.

EL profesor falangista de Enseñanza Media, nos ha dado su mejor lección al reunirse en el Primer Consejo. El S. E. P. E. M., como bien lo dijo una voz autorizada, no se convocaba para tratar de intereses profesionales, de nóminas o escalafones, de derechos activos o pasivos. Con el buen estilo de quien mira a lo alto, concentró su atención en el estudio de sus deberes. De ellos, uno resumía toda la inquietud espiritual de los convocados. Era la respuesta unánime a la íntima e inextinguida llamada vocacional: la formación de la juventud.

Esta empresa—en otro tiempo pudo ser tema enunciado en cualquier Junta o Congreso, hoy es empresa nacional—, ha sido entendida por el profesorado falangista con una visión entera y como obligación inaplazable. Destaquemos con gozo este hecho que tanto habrá de influir sobre el futuro de España.

De momento tiene un valor bien sintomático: es fiel exponente de cómo el nuevo pensamiento español opera de modo decisivo sobre la voluntad moviéndola con impulso revolucionario.

Ante un grupo de profesores de Instituto, algunos ya encanecidos en la

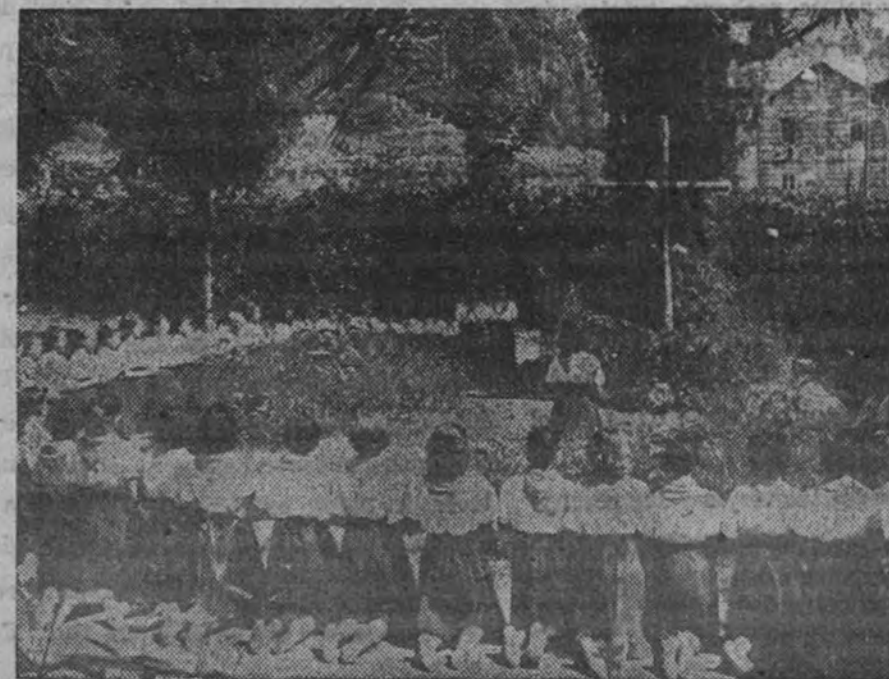
tarea docente, y la totalidad formados en la Universidad demoliberal, se planteaba el problema de la formación de la juventud. Puede esto considerarse como experiencia: en verdad lo ha sido, y bien aleccionadora. ¿Podría extrañar que si quiera como excepción, dejara alguno asomar el viejo resabio de la alioorta aspiración que limitaba la labor docente a formar individualidades más o menos, bien dotadas intelectualmente? Pues ni esa excepción se ha dado. El pensamiento y la voz han sido unánimes, no ya solamente para emitir una opinión, sino para reclamar con el des-

interés del voluntario, el servicio de formar políticamente al hombre del mañana, campeando sobre toda otra consideración la necesidad ineludible de lograr en plazo inmediato la unidad política y social de la generación joven.

Y no serán éstos, afanes que madurarán en un mañana lejano. El Ministerio y la Delegación Nacional de Educación, la Dirección General de Enseñanza Media, el S. E. P. E. M., y con ellos el Frente de Juventudes, se han propuesto trabajar sin descanso para que a partir del 1.º de octubre próximo, unas nuevas y muy distintas normas y pro-

gramas rijan en los centros oficiales de Enseñanza Media.

¡Felizmente ya no podrá admitirse la consideración de que un bachiller es la mezcla dosificada de ciertos conocimientos científico-literarios con los que se daba por terminado un artículo apto para su exportación a las Facultades y Escuelas Especiales. Ni podrá admitirse que un español joven, menos aún un bachiller, diga de sí mismo que es neutro, apolítico, que se considera ajeno a la lucha y destino de su Patria, como un falso Robinson en la isla de su egoísmo.



No es inocente—"inocent qui non nocet"—el que no daña; es decir, quien sólo se mueve por el estímulo del propio provecho. Daña muchas veces más el egoísta que el que golpea o here, movido por la ira o la rebeldía. La acción de estos sentimientos puede ser noble, y, cuando menos, no es persistente como la tenacidad corrosiva del egoísta.

Puede, pues, esperarse como promesa segura, que a partir del 22.º de octubre próximo un aire nuevo entrará en los Institutos para aventar los viejos residuos de otras épocas. Será el aire marcial, y a la vez místico, que llame al servicio, a la oración y a la disciplina.



Los siglos, interponiendo generaciones e historia, deforman nuestra visión del pasado y hieratizan las figuras y las convierten en algo rígido, estatuario podríamos decir. Las recubren de una pátina ancestral y solemne, pareciéndonos instintivamente venerables, que vale tanto como cargadas de años y experiencia, nestorianas en una palabra. Y en la mayoría de los casos no hay tal, y todo proviene de la deformación debida a los velos del tiempo.

Por lo que atañe a la época de los Reyes Católicos, tan semejante a la nuestra en tantas cosas, la tal visión, es inexacta por completo. Isabel y Fernando llegan a reyes de poco más de veinte años. Les traen algunos viejos: el Arzobispo Carrillo y un núcleo de señores muy ma-

Los jóvenes en tiempo de los Reyes Católicos

Por LUIS SANTA MARINA

duros, pensando van a manejarlos a su antojo. Primer error; los jóvenes príncipes rechazan tutelas de tan avisados cuajenredos y les van socavando lentamente el terreno. Aquellos compadres que habían hecho de España mangas y capirotes, pusieron el grito en el cielo y se fueron a la empinada. No les valió; los reyes nuevos, con un grupo siempre creciente de juventud bien intencionada y heroica, les metieron en cintura y el resuello en el cuerpo.

Domados los viejos y sus corruptelas—por la inteligencia y por las armas—comenzaron las grandes empresas nacionales; unificación

dependencia patria en momentos peligrosísimos, cuando el Turco, puesto ya el pie en Europa, amenazaba con levantar de nuevo el Islam; hubo que lanzarse a fondo, y se hizo, con muchas segundas intenciones y resistencias pasivas de los viejos feudales, a quienes ni gustaba ni convenía alejar la morisma de España, pues siempre era una fuerza a manejar en sus eternamente rencillas de compadres, que se descompadaban por el fuero o por el huevo, sin tener en cuenta el interés de todos, es decir, de la nación. Siempre eran los mismos, los mandamases nobiliarios que tenían muy bien creído que España era pa-

ra ellos y no ellos para España; como ahora. Por eso les convenía la morería, en las puertas: algaras, provechosas gazias, cubileteo de fuerzas, siempre contra lo que representaba entonces a la Patria: la autoridad real. De tales tunantadas—por no llamarlas traiciones—quedó el dicho “es tan poderoso que puede meter moros en Castilla”.

Las Falanges juveniles siguieron, por contra, a sus Reyes en cuerpo y alma. Y allí fué Gonzalo de Córdoba—treinta años escasos—, y Hernán Pérez del Pulgar—por el estilo—, y Garcilaso, casi niño... Ya antes, reprimiendo algaradas feudales, cayó otro joven, nuestro máximo poeta, Jorge Manrique, frente a las mesnadas de un viejo marrullero, el Marqués de Villena, el de “nin fabla mala ni obra buena.”

Buena gente aquellos mozos que leían y combatían, y decían sus soledades en trovas y romances casi perdidos, como aquel rosellónes Pere Moner, combatiente también en Granada, que terminado el jaleo se metió fralle francisco, y murió al año, cuando tenía veintiocho, cuyos son estos versos tan dulces:

¿Dónde irás a volar,
aguijilla caudal...?

o como el Caballero de Cartagena, “lindo trovador en nuestra castellana lengua”, quien cayó en la misma guerra “sirviendo a Dios e a su Rey, con la lanza en la mano”.

Buena gente, y por eso morían, como tantos camaradas nuestros... Es curioso: cayeron “el Doncel”, y “el mi Loco”, y tantos y tantos; pero de todos aquellos señores de campanillas, sólo Alonso de Aguilar, que era orgulloso pero todo un hombre, se dejó los huesos en plena serranía luchando como bueno.

Terminó la guerra en España y surgió la empresa de Nápoles, algo así como la División Azul de entonces, y vemos a la gente joven que se lanza en haz tras Gonzalo de Córdoba, el príncipe de la juventud española, “lucero de España que el Lacio ha alumbrado”. Y en tierras itálicas, con su carne y su sangre, crea la Infantería española y empuja los horizontes del Imperio.

Buena gente. Desde allí, sin dejar marchitarse los laureles, fueron al África y llegaron en un amén a Trípoli. Luego saltaron a Lombardía y América. Eran siempre los mismos, menos los muertos. Llegar a los cuarenta y cinco se tenía a deshonra; cuando empezaba a florecer la almendra, caían como flores de almendra.

UNA FORMA DE VIDA JUVENIL: EL DEPORTE

Por CARLOS FOYACA

El espectáculo de las juventudes deportivas ha aparecido un poco tarde en la escena española. Por otra parte, no podemos atribuirnoslo en orgullo, por lo que responde a una tónica actual de la vida de los pueblos que, visto como las primeras civilizaciones, rebota ahora con impulso y fuerza demostrativa de un aliento vital que conmueve a la humanidad. Es éste uno de los fenómenos típicos de los tiempos que vivimos por cuanto se produce en todas las colectividades nacionales del mundo sin excepción, y ha dejado de ser ya patrimonio privativo de un grupo étnico determinado. La característica deportiva de la juventud no constituirá en adelante una circunstancia educativa más o menos discutible en el orden de los sistemas pedagógicos, y es necesario hablar de movimiento deportivo juvenil en su más rigurosa acepción temperamental y vitalista.

Es indudable que la juventud española se incorpora con retraso a este movimiento deportivo de las juventudes del mundo. Pero ello es, precisamente, una ventaja; aun cuando por manera inevitable le corresponda vencer a los jóvenes de hoy la mayor dificultad con que tropiezan siempre los iniciadores: la incompreensión ambiente. Las gentes que han traspasado el ecuador de la vida exageran su estudiado fingimiento ante lo que les revoluciona arraigados prejuicios. Ante el espectáculo de los jóvenes en marcha se limitan a preguntar con extrañeza: ¿y esto qué es? Porque, realmente, y es necesario ser comprensivos con los incapaces de comprensión, todo un mundo previsto, inconmovible por el mero hecho de haberlo vivido ellos, se les viene abajo. Nuestras juventudes han arrinconado a su modo el triste y enfermizo sentido de la vida que disfrutaron nuestros mayores entre vaharadas de humo, sobre el peluche rojo de los divanes de café, cuando no en otros sitios. Yo no sé si conscientes del tiempo en que les es dado vivir, nuestros adolescentes hablan hoy un lenguaje particular y adoptan ante la vida una actitud total y decidida, simplista si se quiere, vitalista; pero con el ímpetu valor de última decisión resolutiva. Fijémonos en que cada etapa de la humanidad forja su vocablo representativo que la concreta y perfila. Es un acierto esquemático de asociación de ideas; verdadera cifra de un modo y de un sentido característicos y determinantes que acota los períodos históricos y los bautiza expresivamente. Pues bien: la edad actual, y permitase de momento a nuestro pasaje fugitivo por la vida esta exclusiva de actualidad, resume su modo y su sentido en una palabra esquema harto significativa: dinamismo. Y los adolescentes y los jóvenes reaccionan a su conjuro, inconspicuamente para los que ya han dejado de serlo.

Disciplina, deber, esfuerzo organizado son tres líneas inequívocas de nuestro tiempo. Tres conceptos resucitados, tres prácticas en desuso que de nuevo se valorizan. No es fácil que el lenguaje con que se expresan estas tres sustancias de la vida nueva lo entiendan aquellos para quienes lo nuevo significa, por lo menos, quiebra de una rutina. Ni que las voluntades desentrenadas se estimulen y sometan repentinamente. Es un tono demasiado nuevo para las memorias cortas y acomodadas, bien rentadas. Pero es un modo imperioso de existencia actual. Un mensaje apremiante que la vida dirige a quien lo sabe recoger y cuya inteligencia es una exclusiva de juventud. No hace falta abrir mucho los ojos para apreciar la consistencia de una concepción heroica de la vida que se impone en el mundo.

Se estima necesario el establecimiento de una jerarquía moral y material que acomode a los hombres y de la que es premisa y evidencia una disposición resuelta a la acción, a vivir, no al modo brujico, intelectual o pasional que hemos recibido en herencia, sino a la manera espontánea, sencilla y elemental del servicio a la vida. Dinamicamente.

Las juventudes del mundo han comprendido esto. Mejor, lo han intuido. Lo que vemos claro es que han hallado por sí mismas la mecánica de su preparación para la vida. Ante ella es imprescindible frenar no sólo los instintos naturales negativos, sino aquellos otros, a manera de “hongos civilizados”, que la humanidad ablandada injerta en las mismas cunas. Los jóvenes han redescubierto el sentido depor-

tivo, mágica disposición que permitió a los hombres de otros tiempos dominar las mareas y las tierras del mundo. Frente a la gloria relumbrante y al dinero, el honor de servir es otra vez divisa de una audaz caballería de las patrias que las juventudes son de nuevo al aire de la vida. Sometimiento de las voluntades a la obediencia de reglas nobles, y aceptación sin reservas de una ordenada jerarquía constante. ¿Qué símbolo de fuerza, en la belleza de un conjunto humano sometido a disciplina? ¿Qué espectáculo de resuelta disposición a vivir intensa y totalmente el de las juventudes encuadradas al aire, al sol, rítmicamente producido el esfuerzo, atentas y vigilantes las facultades animicas conductoras? No sabrá bien el joven “quiere” o si, sencillamente, “actúa”. Contentémonos con esto, que es bastante, y eludamos la cuestión de si la juventud tiene conciencia de un fin y lo persigue, pues lo que distingue a los jóvenes de nuestro tiempo es precisamente su espontaneidad, su elementalismo, su “pergenio bárbaro” en el decir cultivado y sin sustancia.

La juventud tiene su mundo propio que la define: el presente. El joven vive en el “hoy”; desconoce el pasado y apenas si el futuro se le anticipa en deseo, como un ensueño. Carece de experiencia activa y puede afirmarse que su vida se resuelve naturalmente en esta realidad momentánea y circundante: vivir, precursora de otras realidades propiamente operadas de distinto signo que caracterizan a la madurez. Entre tanto, y quizá como adecuada preparación para este momento, el joven vive. Esto es bastante si entendemos la vida en su acepción expresiva y sensible de actividad orgánica. No lleva la vida sobre sus espaldas, sino que ésta se tiende ante él y a su alrededor. Se ha dicho ya, pero conviene insistir sobre ello si queremos comprender el espectáculo actual deportivo de las juventudes, que el joven vive sobre el tiempo y no en él. En otras palabras, el joven construye su mundo; un mundo que le es privativo, obra suya, ajena al tiempo, y por tanto, a la experiencia

o al discurso. Un mundo propio que habrá de conformarse particularmente, y en el cual se engendrará su futuro de hombres maduros.

Si la juventud tiene un mundo propio que le pertenece por derecho de conquista o de descubierta. Mas no olvidemos que su mundo está en caída: conexión con el de la madurez, que le contiene y en el cual se inserta necesariamente. Ningún régimen de sociedad que desconozca esto ha de estimarse serio; porque todo lo que en aquél ocurra repercutirá fatalmente en el que lo contiene, y es, a su modo, inevitable consecuencia, además, el interrumpido paso de jóvenes generaciones por la vida ha dejado a la experiencia una sabiduría aprehensible: “La juventud es siempre revolucionaria, aun cuando ella misma no sabe contra qué se revuelve propiamente”. Esto está claro, y aún quisiera entenderíamos mejor si considerásemos los impulsos vitales, irrefrenables, de un lado, y la vida organizada, racionalizada, sometida de la orilla frontera. Por el cauce que entre ellas se tiende pasa libre el río del vivir, y hay algo instintivo que le advierte al joven que es inevitable cruzar el vado. Facilitarle el hallazgo es misión de los hombres y de la sociedad que forman parte. La juventud apunta un sentido deportivo signo del tiempo. Esto ya lo han visto claramente aquellos a quienes corresponde encauzar sus fuerzas vivas, temperamentales. Ahora bien; el peligro está en que este sentido deportivo de la vida que descubre nuestra juventud se resuelva en fin por sí mismo. Y esto es peligroso porque, como la juventud vive en el presente los caminos del futuro se le cerrarán sin remedio. Un dilematismo de la forma física, estética y vacío, neopaganismo si se quiere, antagónico al medio los ánimos jóvenes. Entendáase aquí el beneficio que nos proporciona el retraso con que nuestras juventudes se incorporan al movimiento deportivo. Pero no es esto, precisamente, lo que queremos escribir, aun cuando no resultará perdido el tiempo que a su meditación dediquemos.

DEPORTE DE JUVENTUDES

Por JOAQUIN AGULLA

NUESTRO Caudillo, en su reciente viaje triunfal por tierras andaluzas, con ocasión de su discurso en Jaén, llamó a la juventud española a amar azul de nuestras esperanzas, a beber de sangre de nuestros mejores, y al hacer después el llamamiento, al dictar la consigna de “vigilia tensa”, razonaba inmejorablemente diciendo: “tiene una importancia muy grande que el mundo nos vea unidos, optimistas, fuertes, llenos de confianza y fe; es decir, no unidos únicamente en una fe romántica e inerte, sino con fortaleza, con alegría, optimismo, confianza en nosotros mismos, voluntad de vencer.”

Si quisiéramos buscar una justificación a nuestro modo de concebir la Educación Física en el Frente de Juventudes, en ese mar azul de nuestras esperanzas que no podemos consentir ver defraudadas, no encontraríamos jamás una razón más concreta y convincente que esta consigna de nuestro Caudillo, que tiene, además, la doble fuerza de ser razonamiento y orden; es decir, el modo más exacto de mandar, que es también convencer.

Fieles a esta consigna, comulgando en la doctrina impuesta, proseguimos en el Frente de Juventudes la Educación Física de los que en el mañana, en un mañana próximo y quizá precoz, han de pasar de esa vigilia tensa que hoy se nos manda, a una acción directa, plena de brío, fortaleza y fe.

Y cuál es el mejor medio de mantener, de cultivar esa vigilia tensa, de estar despierto, si pero abandonando una actitud meramente contemplativa para adoptar otra de preparación para la lucha, presbros los superdotados, quizá se llegara a la constitución del humano cuerpo sangre

vios? Indudablemente el campo de la Educación Física es el que llena estas condiciones, y, por ello, al par que a nuestras Juventudes se las dota de una fe, de una doctrina, de unos amores infinitos a Dios y a la Patria, formándose, en nuestro Caudillo dijo en Huelva en el culto del Deber y en el Servicio a Dios, al mismo tiempo se les curte en el campo de la lucha, ejercitando su ardor combativo, su resistencia a la fatiga moral y física, acreciéndoles su dureza, habituándoles al sol y al aire, a las inclemencias del tiempo, a la sed y al frío, al dolor y al cansancio, todo bajo una sonrisa y con una canción en los labios, o con una aguda expresión de humor recto y castizo.

Bajo este concepto se desarrolla y lleva a cabo la Educación Física, con un complejo no basado únicamente en una determinante higiénica ni, menos aun, placentera exclusivamente. En esto radica esencialmente la diferencia de la concepción del ejercicio y del deporte, que pudiéramos llamar “liberal”, con nuestro deporte juvenil. Para aquél el deporte era un “modo” grato de pasar el tiempo, para nosotros el deporte es un “medio” de fortalecer nuestro cuerpo y nuestro espíritu para mejor servir los intereses de la Patria. SER FUERTE PARA SER UTIL. A ESPAÑA, es nuestro lema; EL DEPORTE ES UN ACTO DEL SERVICIO, es nuestra consigna.

Por esto, la educación física que se desarrolla en el Frente de Juventudes tiene un carácter de extensión, de amplitud, de totalidad; no de exclusivismo de selección, de criba. Si sólo se ejerciera esta educación sobre los mejor dotados o sobre los superdotados, quizá se llegara a la constitución del humano cuerpo sangre

español; mas no se habría alcanzado esta mejora racial de fortaleza espiritual que es, en suma, el fin remoto de la educación. Esta debe alcanzar a todos, pues todos deben tener su puesto en el campo de la lucha; que nadie quede excluido de templar su espíritu y de fortalecer su cuerpo, que a España se la defiende y se la alza con el esfuerzo de todos.

Y por eso, en el desarrollo práctico de la Educación Física, a todos se extiende una gimnasia educativa que los forma y corrige en sus defectos, en los vicios o deformaciones adquiridas en el estudio o en el trabajo, educándoles de manera progresiva y creando en ellos un caudal de energías en potencia. Esta gimnasia, que es armónica y racional, debe realizarse, y se realiza, con asiduidad y constancia, que si constantes son las tendencias deformantes de las aptitudes en el banco del estudio o del trabajo, no pueden ser esporádicas, caprichosas o fugaces las correcciones que a ello se opongan.

Y a esa gimnasia que corrige, que modela, se la complementa con ejercicios de carácter práctico y útil, de aplicación a la vida real, y con la puesta en acción de todas las facultades morales que se ejercitan en el campo de deportes. Por ello hay deportes para todos; hay una gama deportiva, capaz de que cada uno se encuadre y busque el ejercicio de estas sus facultades morales, dentro de lo más adecuado a sus aptitudes físicas y, a tal efecto, en este año 1942-43, veinte deportes distintos se practican en el Frente de Ju-

ventudes, precisamente para que nadie pueda quedar exento de la lucha, que es el factor de educación por excelencia.

Pero aun hay más en esta influencia educativa del deporte juvenil, y es que éste se desarrolla dentro de la más rigida exigencia, y los encuentros se desarrollan bajo una disciplina concisa, austera y apremiante, porque no se limita sólo al tiempo estricto del partido o de la prueba, sino porque los torneos se desarrollan a través de una vida de campamento o de albergue, en duras condiciones de vida, esa vida castrense dura, pero no hoesca, que forma parte de nuestro concepto militar de la vida. Y el atleta sale a correr su prueba tras de haber dormido sin comodidades fútiles, sin lujos superfluos, con austeridad de soldado, lo mismo que en ese mañana para el que se forma se alzarán del suelo duro sobre que ha dormido para, con las primeras luces del amanecer, correr sobre el campo de batalla en la más dura, la más emocional y sublime de las pruebas.

Y por eso, porque nuestra juventud practica el deporte como un acto de servicio, y lo vive en un régimen de formación austera y de disciplina castrense, vibrando con él y fortaleciéndose en él, es por lo que son más ciertos los acentos vibrantes de su canción de Cadete, cuando al retirarse del estadio, en formación correcta, canta activo las estrofas viriles de su marcha:

«España nuestro orgullo es...»

SAN FERNANDO DESDE 1943

Visión actual de su obra política

Por ANTONIO TOVAR

ME parece que estoy en la plaza de Santa María de Burgos una mañana de primavera de 1220. Se alzan unos altos, gigantes andamiajes. Las gentes no han visto nada semejante. Las Huelgas, que se terminaron no ha mucho, no se atreven a las alturas a que se atreverá el nuevo edificio. En un siglo la piedra se ha hecho leve y ligera, y quienes han visto los gruesos muros y las fuertes bóvedas de las iglesias románicas, no comprenden bien esta nueva arquitectura.

Lo mismo sucede en Toledo, en León. Un estilo nuevo, europeo y germánico, representa también un modo nuevo de gobernar y de ir unificando y completando España.

El Rey Fernando se ha casado con una princesa alemana; ha traído arquitectos europeos, y, además, a lo largo de su reinado va revalorizando la mejor tradición romano-germánica, y como primera ley amplia y general, y en lengua romance, mandará escribir el "Fuero Juzgo".

Mas todo esto son promesas en la clara y fría mañana de primavera en Burgos. Debía tener entonces la ciudad otro color y otro olor que ahora. Si le habéis dado la vuelta a su viejo recinto amurallado y habéis contado las puertas y tocado los ladrillos venerables de que están hechas, y si olvidáis toda la ciudad nueva, y el Espolón, y el río, canalizado como los ríos de Francia (descubriendo que fué el Rey José Napoleón el que bajó la ciudad al llano, y en su huida voló la ciudad alta), entonces podéis imagináros lo que era plantar en aquel suelo, al pie del burgo aquél, las agujas de la Catedral.

Si nos situamos dentro del asombro de un ciudadano de Burgos o

de Toledo, gente foral, que aun no alcanzaba a saber lo que era un Estado ni una ley general, y para los que ya una bóveda románica era bastante audaz, nos daremos mejor cuenta de lo que era este Rey Fernando, uno de los creadores de nuestra Patria.

Hizo pasar al pueblo, de lo local y particular a las empresas generales. Comprendió que la Religión era lazo que vincula y refuerzo de unidad. Supo que lo mejor de Europa era entonces la aurora bolognesa del Derecho Romano y la arquitectura gótica, y dedicóse a fundar catedrales y a buscar las leyes que establecen el poder del Príncipe y superan con el mando único, la Monarquía, la pluralidad feudal y localista.

Lo exterior de su reinado correspondió a estas bases, y fué como su natural desarrollo y coronamiento. San Fernando comenzó a quemar judíos y a comprender que el gran peligro estaba en la semitización y falta de unidad religiosa. Conquistó todo el Guadalquivir: Jaén, Córdoba, Sevilla. Llegó al mar y tuvo Escudra; midió ya, adelantándose a su propia espada, la anchura del Estrecho, y comprendió que España no era nada si no estaba asegurada contra peligros africanos.

¿Pesaba sobre San Fernando, autor de una política con bases tradicionales, romanovisigodas, el recuerdo de la Mauritania Tingitana, española desde Diocleciano, española bajo los godos, dominada por los peligrosos imperialistas que habían llegado hasta la Península como invasores almorávides y almohades? El hecho es que el Rey murió, después de casi cuarenta años de unificaciones y de luchas, con el sueño de un Africa asegurada y sin que



nos enviara más nubes peligrosas. Sus inmediatos descendientes, con un vuelo más corto, en verdad, pero fieles a un programa mínimo, sometían Niebla y Huelva, Cádiz, Algeciras, Tarifa, Gibraltar. Por primera vez desde los visigodos había una política del Estrecho.

El día 30 de mayo de 1254 moría en Sevilla San Fernando. Como un penitente, cubierto de ceniza, sobre el suelo, pidiendo a Dios omnipotente perdón; pensando en el por-

venir de su Castilla. Los ciudadanos de Burgos, de León, de Toledo, verían alzarse, mucho más altos ya, los andamiajes y los contrafuertes y arbotantes de las catedrales góticas. Pero aun sentían la obra sin concluir, por lo que, simbólicamente, les llegaba en primavera la noticia de la muerte del Santo Rey. Su reinado matinal, justo, enérgico, paternal, previsor de peligros, le hace patrón leal de nuestras juventudes falangistas.

EL MOVIMIENTO

(Viene de la página anterior.)
tura viva, está en la edad juvenil, todos sus movimientos habrán de estar saturados de un luminoso sentido de futuridad.

Luminoso sentido de futuridad que se desprende no solamente de las formaciones de nuestros pequeños camaradas, sino también de la composición exactamente bella y vistosa de esos anagramas del Caudillo, o nuestros gritos de lucha, ejecutados por la precisión del deber en cualquier parte del campo español. La rapidez y la perfección con que cada camarada ocupa su puesto en cada letra, dan idea de la concienzuda preparación de que son objeto por parte de los asesores de Educación Física y de la total asimilación y sentido del deber de que hacen gala cuando del servicio se trata nuestros pequeños camaradas.

Después de las demostraciones, cerrada el ciclo de los movimientos, parece que se ha de gozar de la beatitud del reposo y del triunfo; pero como los componentes de los grupos en movimiento son muchachos, y han atisbado la belleza del dinamismo ocurre el momento en que el reposo mismo quiere ser movimiento, multiplicando su número sin alterar su espacio.

Y cuando no son concentraciones de miles y miles de camaradas, son marchas, desfiles al natural, de un centenar de ellos los que se mueven al grato compás de algún himno, ritmo en el que se logra el dinamismo del movimiento sin la ausencia temática. La canción, el himno de marcha, es el ritmo de la danza que cambia de espacio, el aleteo del ave que muda de rama, la vibración incandescente del sol meridiano, siempre mudable y siempre el mismo.

La circunstancia política y guerrera de nuestro tiempo ha venido a conceder la máxima valoración a la propaganda. Los Estados se afanan por afianzarse en su verdad, aspirando a influir decisivamente en la vida política de los demás, buscando la semejanza en el sistema.

En el plano angustioso de la guerra se ventila el amplio porvenir; se perfila la estructuración para un futuro largo, y en este duro batallar la propaganda es el arma más poderosa. Ningún país desconoce la elevada y trascendental misión de la propaganda, y todos se preocupan seriamente de la dotación y del ejercicio de cada uno de los medios aptos para proclamar sus razones y para afirmar sus querencias.

No basta la bondad de las ideas, se precisa su enunciado. El verbo fué antes; pero inmediatamente después, la acción—toda acción es propaganda—: plasmó el verbo, le dotó de vitalidad, de movimiento, de sentido y le fijó en el tiempo, dándole una realidad de años, de siglos, de milenios.

La idea en sí, ajena al mundo de la forma es semilla aislada, es sólo fuerza potencial. La fecundidad necesita contacto, y el proceso de fecundación de las ideas resulta ser el proceso de su propaganda; es decir, de su modo actuante en los casos de asimilación, incorporación y contagio.

Y dentro de la incesante preocupación de toda obra de gobierno para desarrollar una activa y eficaz propaganda, la que se ejerce en torno a las juventudes constituye una verdadera y diaria obsesión al estimar que en la juventud radica el valor positivo y perdurable de un régimen.

Cuando se quiere construir con solidez y edificar con cierta permanencia histórica, ha de actuarse dentro del temperamento y del espíritu de las juventudes, porque sin necesidad de afirmaciones topicistas y sin necesidad de fraseología hueca o relumbrante el porvenir de un pueblo, cuando la visión del futuro se proyecta en lontananza, descansa en la juventud, único portavoz de toda voluntad exigente y ambiciosa.

La propaganda política en la juventud constituye una definitiva contribución al ciclo formativo y expansivo de un Estado.

La propaganda dirigida a operar sobre las juventudes es totalmente distinta a la que se desarrolla en torno a la masa de un pueblo en general. En los Estados modernos se nota una clara línea divisoria entre estas dos clases de actuaciones propagandísticas. Diríamos que la primera es más delicada, más lenta, más profunda y más sistemática. Y la segunda, más urgente, más superficial y más sencilla.

Existe otra diferenciación en cuanto al contenido y otro distingo en cuanto a su modalidad expresiva.

Analizando cada una de las razones que caracterizan a la propaganda sobre la juventud, podemos hacer las siguientes consideraciones:

Razón de delicadeza.—Al actuar propagandísticamente sobre las juventudes se ha de cuidar con sumo celo de la expresión, de la norma. Sin entrar en complejos de psicotecnia, fácilmente com-



LA PROPAGANDA EN LA JUVENTUD

Por J. ORTEGA CASADO

prenderemos que el mundo anímico del muchacho se resiente con facilidad y su temperamento sensible recoge con harito provecho o daño todas las sugerencias afectivas y sentimentales que se le presenten. Su alma tierna capta perfectamente cuantos motivos gratos se le invoquen y siente una predisposición especial a entusiasmarse con los ideales nobles y generosos; pero su misma ingenuidad puede recoger también creencias peligrosas y nocivas. El muchacho cree más por razones del corazón que por razonamientos del cerebro y acepta sin resistencia mental cuanto se le asegura que es bueno y conveniente. El hombre que en su misión de apostolado actúe sobre la juventud, deberá cuidar escrupulosamente sus juicios con referencia a las personas y las cosas. Recomendamos que en toda campaña persuasiva en la esfera de la juventud sea fundamentalmente objetiva a la hora siempre delicada de criticar, y esencialmente subjetiva en el hermoso momento del elogio. Interesa notablemente despertar sentimientos de amor y no sentimientos de odio. Un muchacho que odie se nos puede extraviar, pero el que ame siempre le tendremos con nosotros.

Cuando la propaganda busque su expresión en la palabra, ésta deberá ser sencilla, clara y evocadora. El tono ha de ser familiar, ameno y cordial. Que por una expresión oscura o arisca no pueda ver el muchacho una idea som-

bría y antipática. Que nuestro decir sea afectuoso. Con el cariño—índice máximo de la delicadeza—llegaremos mejor y más fecundamente al corazón del muchacho que tanto desea un ideal en el que poner el sueño dorado de su juventud.

Razón de lentitud.—La especial naturaleza del muchacho requiere la exposición lenta y pausada de las ideas. Los motivos ideológicos que interesa anidar en el alma del joven, hay que dejarles que se les ratifique el entendimiento. No interesa demasiado que una juventud quiera, sino que sepa y conozca lo que quiere. El mejor camino para llegar a la comprensión de unos principios es el del afecto hacia ellos, porque también el muchacho se construye a su manera las razones si dichos principios le apasionan. Pero su aptitud comprensiva exige una dosificación en el enunciado de las ideas. No hay prisa por convencer, sino por arraigar en los convencimientos.

La más elemental consecuencia pedagógica aconseja enseñar despacio; no embarullando conceptos, sino someterlos al proceso cristizador del tiempo, al objeto de que pueda realizarse con normalidad y sin gran esfuerzo la asimilación de lo que propugnamos.

Razón de profundidad.—La consecuencia última de toda propaganda destinada a encaminar a la generación juvenil por ciertas rutas históricas y bajo un signo político determinado, re-

sulta ser la participación de estas juventudes en los quehaceres y tareas del mando. Entonces, las cualidades, las virtudes del hombre han de ser sencillamente ejemplares, y un complejo de requisitos fundamentales han de presidir el empeño político de cada día. La austeridad, la honradez, la capacitación y el apasionamiento necesario para la culminación de una gran empresa, se logra exclusivamente cuando desde los años mozos se ha conseguido una adecuada preparación espiritual, cultural y moral, todo ello espléndidamente iluminado por la fe. Entonces el pueblo se siente inspiradamente conducido, y se cumple felizmente el ciclo escalonado que conduce a la realización de las mayores ambiciones.

Este robustecimiento necesario para la vida vigorosa de una nación es posible cuando a la juventud se la ha venido formando total y profundamente; cuando se la han incorporado hasta lo más íntimo la verdad y el credo que constituyen la enjundia y la medula del movimiento político de un pueblo. Formación integral, lograda por el ejercicio de una propaganda profunda, que no ha descuidado ninguno de los medios aptos. Cuando se trata de educar política y socialmente a la juventud, ha de aspirarse siempre a dejar una huella honda, a causar una impresión auténtica, para que ni el desaliento, ni la adversidad, ni las dificultades puedan malograr el destino de la Patria. Si la juventud es la mejor y la última esperanza de un sistema, fácilmente se

comprenderá hasta donde interesa calar en el alma y en el corazón del muchacho. Esta

obra, esta labor ineludible, la tiene reservada la propaganda y a ella se la encomienda la fe de la juventud, el entusiasmo de la juventud, el anhelo de la juventud, y, sobre todo y especialísimamente, la voluntad implacable de la juventud, capaz de arrojarse todo en nombre de sus amores y de sus ilusiones.

Razón de sistemática.—Todo plan propagandístico ha de someterse y ha de concebirse previo estudio y consideración. Pero cualquiera campaña difusora de principios, de conductas y de deseos en torno a las juventudes, ha de ser metódicamente orientada, y su preparación responderá a un verdadero sistema. Nada que se refiera a propaganda en las juventudes puede ser improvisado. La improvisación en este caso resulta peligrosa en extremo, y las consecuencias que puede originar una propaganda ligeramente concebida, pueden ser fatales y difícilmente remediabiles. Existe tanto detalle a examinar, tantas circunstancias a ponderar y tantos aspectos a analizar que el descuido de alguno de ellos repercute seriamente en el porvenir de un pueblo. Esta es la razón de la sistemática. Este es el motivo por el cual se propugna por una sistematización perfecta en la ejecución y desarrollo de toda campaña. El método nos sirve esta vez para determinar la resultante eficaz y conveniente de una buena propagnada donde todo tenga su sentido, su lógica y su razón. Ni hechos aislados, ni actuaciones provisionales, ni funciones independientes. Sistema, sistema y sistema. He aquí la condición básica y primordial de una propaganda dedicada a la juventud.



Lo mismo que es la vida, el tiempo en toda obra artística —y las concentraciones de muchachos son el ejemplo mejor y más vivo de arte práctico— es la condición, el cómputo inexorable e inexcusable, que puede calcular lo mismo la clásica clepsidra que las ruedas dentadas de nuestros modernos aparatos de relojería.

El tiempo en las demostraciones del Frente de Juventudes es la voz preventiva, el interregno penoso que cubren las sesiones preparatorias del entrenamiento. Es el tiempo en la obra total y su medida, y tiene en ella la misma importancia que en la vida misma.

Y el realizador plástico de una demostración o concentración de pequeños camaradas es el expendedor de esa medida universal, en todas sus grandes y pequeñas fracciones. Se vale del tiempo como único medio para sujetar o empujar la acción. Maneja, teniendo a la vista para regular el desfile de sus figuras o núcleos de muchachos, ese reloj con que los cronometradores presiden el torneo de la velocidad en las carreras. Y ese cronómetro personal funciona a semejanza del sol, cuya luminosa tonsura reproduce su esfera, creando estaciones temporales análogas a las naturales, ya que lo que en suma se le pide a esa medida del tiempo es la regulación de la velocidad.

Del dinamismo variado de esta regulación salen los ritmos acelerados o lentos, según el calor y la pasión que se comunique a los ejecutantes. Puesto que un ritmo tranquilo, sereno y suave, ha de originar y nos ha de hacer volver a la placidez bucólica del falso minué campestre; y, por el contrario, un ritmo acelerado, valiente y pasional ha de proyectar en nuestras retinas el ímpetu del drama con atisbos de tragedia, ya que siempre toda gran velocidad encubre el aliciente de lo trágico.

Todo objeto empieza a cobrar valor estético en el momento en que nos afecta de un modo dinámico. El éxtasis es el estado de belleza pura en las representaciones clásicas de los seres alejados de nuestro mundo. Pero esa belleza, para ser estética, para afectarnos de un modo directo y vital, es menester que adopte cualidades dinámicas, que acepte el movimiento, que se someta al número y a la diversidad de las formas, que empiece a vivir una existencia distinta a la que tenía anteriormente, y que esta nueva existencia esté medida

Plástica y eficacia de las demostraciones

te mutabilidad y el continuo a cionar de los grupos juveniles que integran

una concentración. En el contraste entre la unidad y el número, respondiendo a una única voz de mando, reside el peligro y el éxito de las mismas.

De cuantas emociones pueden sugerir en nosotros las cosas, la más fuerte es la emoción del tiempo. Ya que el sentimiento de nuestra mortalidad es el más predominante en nosotros, como algo que sólo puede anular por un instante las grandes embriagueces.

La emoción de tiempo es tan fuerte que basta ella sola para producir el efecto estético y también para dar el resultado práctico apetecido y merecido. Pues si las cosas nos afectan por su movimiento, el tiempo es el movimiento inherente aún a las cosas más voluntariamente quietas. De igual modo que el éxito final emociona más que por el momentáneo acto—momento temporal—del triunfo, situado en su equivalente espacial, emoción y llena de alegría por ser el final victorioso de una serie continuada de trabajos de enseñanza y de preparaciones.

Y ya que la noción del tiempo en toda obra política ha de circunscribirse a un determinado grado del general cuadrante, la juventud fija y precisa su modo de acción con el tiempo suficiente de aprender la lección gritada, y la intranquilidad, propia de sus pocos años, de terminar la obra que ha sido puesta en sus manos.

Y así como el artista sitúa en la medida temporal de primavera, otoño, juventud o vejez, la acción de sus cuadros, el estadista ha tomado como módulo horario para resistir la medida íntegra del tiempo político el momento coincidente del despertar de nuestra juventud con el nuevo amanecer de nuestra Patria, y para tal servicio aparece la juventud investida de «heredera de los sacrificios de nuestra generación». Y ella, asimismo, y en esta hora falangista, se ha impuesto la consigna de que la única medida del tiempo es la del servicio cumplido.

El principio de toda emoción estética es el movimiento; pues ni el espacio ni el tiempo se nos harían sensibles a no ser por el movimiento que cambia las relaciones de los cuerpos.

El movimiento, que rompe el equilibrio de las proporciones, es el iniciador de los afectos, del amor, el odio, el júbilo y el pesar. Todos los futuros desarrollos de una obra están en germen en movimiento. Igualmente que están en potencia todos los valores de una raza positiva, predispuestos a aflorar en la primavera que fueren los meteoros políticos. El movimiento es el principio de la acción, aunque por sí mismo no lo sea. Pues no bien se ha cumplido el primer movimiento, ya se han alterado las relaciones fundamentales del mundo; ha nacido el número y ha quedado planteado el gran problema a resolver con un movimiento constante y permanente de alegrías y tristezas.

Lo mismo pasa en las concentraciones: ha aparecido el número y hay que abastecerle de forma homogénea en cuanto a géneros y edades. Y después de lograr esta primitiva clasificación por especies ha de procurarse a éstas un nuevo movimiento que las ha de conducir a demostrar, en período más o menos lejano, el resultado total de las lecciones aprendidas. Y éste sería el práctico éxito de las concentraciones de muchachos del Frente de Juventudes.

Pero catalogado el movimiento dentro de la valoración estética, puede considerarse como factor de belleza de primera importancia, porque altera la pura y simple complacencia del espectador, o, cuando el movimiento de masas es ejecutado por rebaños amorfos de gente, sin dirección ni control, origina la más franca y abierta protesta.

Por eso, lo que llega a emocionarnos en una obra de arte estático es su posibilidad de acercarse o alejarse de nosotros, y en la obra numerosa, en cuanto a sus componentes y a su dinamismo, lo que llega a excitar nuestra emoción son las repetidas y respectivas mutaciones de la totalidad de sus componentes, siempre acordes a una idea y fijo en un resultado.

EL MOVIMIENTO

Lo mismo pasa con la obra que se considere más perdurable e impersonal de arquitectura, o de cualquiera de las bellas artes, que se torna estética no bien la comparamos con la eternidad; es decir, en cuanto la dotamos mentalmente de movimiento. Por esta razón la más eficaz y valiosa representación

estética del universo es la de la criatura viva, en la que axiomáticamente se manifiesta el contraste entre lo caduco y lo eterno. Y el arte que más jubilosamente expresa este dominio del movimiento es la danza, en que las mutaciones alternan y se repiten con arreglo a un número de compases y de giros.

Un concepto de la educación física para "fuera de casa"

La representación española que salió para el I Congreso de las Juventudes Europeas llevaba la fuerza otorgada por estas demostraciones, de fuerza y espíritu, como resultado final de una enseñanza y de unos procedimientos de educación física.

Allí se encontró con que el título «Deportes», dado a esta faceta de la educación, era limitativo en extremo, y el Delegado español de esta Comisión educadora propuso uno: «Educación Física», que englobaba los dos aspectos de la cuestión: deporte y gimnasia.

No prosperó el título limitativo, entre otras razones, porque hoy por hoy, en casi todas las naciones, tan pronto como se habla de organizaciones juveniles se piensa casi exclusivamente en ejercicios físicos, y esto ocupa una gama que sobrepasa en fondo y en forma a lo que entendemos por deporte.

Allí quedó explicada claramente la importancia que el Frente de Juventudes concede a esta clase de educación, y quedó igualmente perfilado el sentido que tiene para nosotros, y cómo, lo mismo en los conceptos que en las aplicaciones, se ajusta exactamente a nuestras ideas religiosas y políticas, a cuyo servicio se pone.

Valientemente quedó expuesto, y de un modo preciso, que el Frente de Juventudes no admite el deporte por el deporte, ni la educación física en general como un fin en sí. Aunque, sin embargo, reconoce la enorme importancia que tiene para la juventud, ya como derivativo para su energía contenida, ya para fomentar la virtud y fortalecer el carácter. Igualmente se sostiene que la gimnasia es el punto de partida de la educación física, cuyo «lujos» está constituido por el deporte.

Precisamente por el carácter educativo que el Frente de Juventudes confiere a los ejercicios físicos, fomenta, sobre todo, las manifestaciones colectivas que informan e imprimen en los muchachos el sentido de la unidad. Y cuando organiza competiciones deportivas en que es forzoso se destaque un individuo, se hace en forma que los honores recaigan sobre el equipo, la escuadra o la formación a que pertenece.

Así, de esta manera desarrolla su concepto de educación física el Frente de Juventudes la primera vez que sale al exterior. Paso a paso se fué cumpliendo el plan trazado en España por el estudio de los instructores y la penetración de los encuadrados.

¡Qué lejos y qué diferencia de aquellas salidas de los deportistas españoles al extranjero en que tenían que aclimatarse forzosamente por poderosas razones de «fuera de casa», a las ideas y caprichos de los promotores de Olimpiadas de Amberes o de Campeonatos mundiales de fútbol!

Cuando del deporte no se hace profesión, sino que se le estima como medio o parte integrante de la educación corporal de los muchachos, su desarrollo tiene lugar por procedimientos seguros y normales, haciendo de él un deber y cumpliendo éste como un servicio más por la Falange y por España.

co de lo conveniente y lo utilitario. El resultado eficaz del movimiento es, naturalmente, debida intervención de la criatura viva.

Además, el movimiento es el signo y el comienzo de la vida y de sus afectos; y de ahí su gran importancia en el mundo, ya que el drama humano empieza en cuanto una de las figuras o grupos de figuras del coro vital se desplaza alterando sus relaciones normales con las otras, e incitando a persecuciones y recobros. Todo el arte humano, desde el poema hasta el drama, se inspira de esta manera en el movimiento, cuya evidencia se nos muestra de un modo perfectamente claro en el teatro. Pues allí las figuras vivas, movidas con espontaneidad artificiosa, recuerdan la danza natural de las criaturas.

En un superficial examen de las artes, puede verse cómo algunas de ellas, particularmente la música y la danza, utilizan la materialidad del movimiento para airear la gama emotiva que éste determina, dándonos la mara y illosa ecuación entre el mero dinamismo y la simple emoción.

Todo movimiento es emotivo por cuanto la figura que se mueve deja aparte su estela material, y la ideal estela de una liberación aparece en cada nuevo movimiento, originando una demostración de fuerza organizada. Y también deja su número, la cifra de su velocidad, que puede ser interpretada como demostración de adiestramiento. Además, que mediante ese número, que determina el ritmo de las emociones, se puede deducir del grupo en movimiento el sentimiento que le anima y la emoción que es capaz de suscitar.

Todo esto hace relación al valor emotivo del movimiento; pero esta cualidad valorativa está deducida de la velocidad de los ritmos. Ya que, en cuanto a la unidad, la criatura humana es una engendradora de ritmos, una arpa viva, un corazón múltiple, en que todos sus miembros palpan, al moverse, como corazones. Y si esta unidad, esta criatura

(Continúa en la pág. siguiente.)

Una juventud vigorosa para una España fuerte